Crónicas del Buenos Aires de Antaño

César A. Dillon **(continued)**

Teatro de la Opera - 1879

POLIUTO (G. Donizetti) 27,30.viii; 13,23.ix (4)

Roberto Stagno (Poliuto); Emilia Ciutti (Paolina); Arturo Marescalchi (Severo); Domenico Dal Negro (Callistene); Francesco Pedotti (Nearco); Domingo Valenti (Felice); C. Ratti (Un cristiano) – Dir. Giovanni Bottesini

Poliuto en la Opera – *"La representación de Poliuto era esperada con impaciencia por los aficionados; al atractivo de la obra que es ciertamente una de las más bellas de Donizetti, se añadía el deseo del público por oír a Stagno en una partitura que exige otra cosa que gracia, gusto y elegancia de método. Poliuto ha pasado siempre por una ópera que no pudo ser cantada de un modo conveniente, sino por un tenor de órgano fuerte y voluminoso. Stagno ha probado anoche que por más diversas que sean las cualidades que exige la interpretación de este drama religioso, las posee todas en un grado más que suficiente. El Poliuto de Donizetti es absolutamente la tragedia de Corneille, con la diferencia que en ésta, Poliuto muere solo, y que Severo perdona a Paulina y Félix, que el martirio de su marido y de su yerno convierte también al cristianismo, y que en la ópera la joven catecúmena muere con su esposo. Las personas que creen que Poliuto fue escrita para la Opera de París están en un error, la partitura fue escrita en Nápoles y fue el celebre y malogrado tenor Nourrit que debia cantar el papel principal quien escribió el libretto. Cuando Donizetti viajó a París en 1840 para establecerse de un modo sedentario en esa ciudad, adónde volvía célebre, gracias a su Lucia, después de haber pasado desapercibido algunos años, traía en su cartera tres óperas: La figlia del reggimento, La favorita y Poliuto; las dos últimas fueron traducidas y representadas en la Opera de Paris, bajo el título de Les Martyrs y La favorite.*

... Pasamos a dar cuenta rápida de nuestras impresiones de anoche.

El primer acto que no es más que una exposición, permitió sin embargo al público juzgar que la función se anunciaba bien y que se iba a pasar una noche agradable. El segundo acto vino a realizar esa esperanza: es imposible cantar mejor de lo que hizo Stagno el monólogo del segundo acto; el credo fue una cosa grandiosa e imponente, cantada con alma, con entusiasmo y en el cual no economiza ni su talento, ni sus fuerzas. Debemos citar también el dúo con Paulina que fue expresado con un gran sentimiento. Ese trozo para producir todo su efecto hubiera debido ser acompañado como en las grandes escenas, por cinco o seis arpas, pero aquí seria pedir lo imposible. La señora Ciuti ser ha portado bien y merece los más sinceros elogios por su buena ejecución, su acción dramática acertada, el sentimiento con que ha cantado el dúo y celo que ha demostrado en todo. El baritono Marescalchi es un joven artista que posee una bonita voz, fresca, franca y simpática y me da lástima cuando veo que la prodiga con la imprudencia de la juventud: le repetiremos otra vez el consejo que le dimos en este mismo sitio, después de una representación donde fue muy aplaudido, tal vez a causa del efecto que señalamos: No apure su voz, Sr. Marescalchi, no la comprometa forzándola, busque mas bien los aplausos en la perfección de la frase que en los efectos de energía exagerada. Lo demás del personal se portó bien, y habría que felicitar a los coros, si en el coro que se canta al fin del tercer acto entre bastidores no hubiera casi comprometido el éxito del final, que salvó la habilidad del maestro Bottesini. En resumen la partitura que me ha gustado más como ejecución, de las que se han dado en la Opera esta temporada, es Poliuto."

L. C. (El Nacional del 28 de Agosto de 1879)

Antiguo Teatro Colon – 1881

POLIUTO (G. Donizetti) 19,25.v; 26.vi; 5.vii (4)*

Francesco Tamagno (Poliuto); Erminia Borghi-Mamo (Paolina); Luigi Visconti (Severo); Carlo Trivero (Callistene); Proto Cappelli (Nearco); Ernesto Falletti (Felice); Juan Erfi (Un cristiano) – Dir. Nicola Bassi

*La representación del 5 de Julio se realizó en el Teatro de la Opera en

razón de que el escenario del Colon se encontraba ocupado por los ensayos técnicos previos al estreno de *Mefistofele* de Boito.

La primera función –*"Llegó, por fin, el dia. La compañía lírica italiana ha dado el jueves su primera representación. Todos los años es este un suceso que despierta en el mayor grado el interés del público; pero si se tiene en cuenta que la temporada del año 80, por efecto de los acontecimientos políticos, constó de pocas y escasamente concurridas funciones, cerrándose el teatro en medio del ruido de las armas y el estrépito de los primeros tiros de la guerra, - no se extrañará, sin duda- la vehemencia del deseo con que ha sido este año esperada la llegada de la compañía y la poderosa atracción que ha ejercido la función de su estreno. Era un espectáculo curioso el que presentaban los puntos de acceso del teatro Colon a la hora de comenzar. Una muchedumbre compacta, un torrente humano se precipitaba a las entradas, y todos los concurrentes parecían animados en aquél instante de una ansiedad irresistible. Ya se sentían, ya se palpaban los goces arrebatadores del canto dramático, los halagos inefables de la ópera, la forma más prestigiosa de la música, en cuyas ondas estremecidas ansiaba sumergirse aquél público ávido. El teatro estaba, pues, repleto, rebosaba de concurrencia. Ni un solo local, ni un solo punto de la sala desocupado. La concurrencia de la platea, dominada de uno de los parajes altos del teatro, era un solo cuerpo, una masa compacta sin solución de continuidad. De allí ascendía en semi-círculos homogéneos y compactos por todos los órdenes, hasta rematar en las alturas del paraíso, dignamente aprovechado por una concurrencia despreocupada de comodidades y de holguras. Aunque la representación de Poliuto fuera, puede decirse, en lo que se refiere al conjunto, una representación improvisada, puesto que se efectuó al dia siguiente de la llegada de los artistas, del director y de una parte del personal de orquesta y coros, sus cortas dimensiones, su composición y orquestación sencilla y fácil para las masas, la preparación de éstas por tantas ejecuciones anteriores y la instrucción natural de las primeras partes, han producido un resultado muy satisfactorio y la ópera se ha dado en todos sus detalles con una felicidad y un éxito completos. El personal de la orquesta nos ha parecido aumentado en los instrumentos de cuerda, y se ha presentado desde el primer momento en un excelente pie de disciplina, bien que su misión en Poliuto, como en todas las óperas de Donizetti, no sea la más importante. Se ha observado también una modificación en la posición del director, que este año ha preferido alejarse un tanto de los cantantes para poder dominar mejor su orquesta. La ópera Poliuto, elegida para el estreno de la compañía, es bien conocida y apreciada por nuestro público. La crítica se ha complacido siempre en señalar sus bellezas melódicas, la unción mística de sus evocaciones y plegarias y la elevación y grandiosidad de algunos de sus pasajes. Teniendo en ella el tenor Tamagno un papel que se ha llamado su papel de sensación, tan felizmente pone en evidencia las facultades de este cantante extraordinario, y habiendo la prima-donna señora Borghi-Mamo cantado muchas veces esa ópera precisamente en compañía de Tamagno, el efecto de la representación estaba asegurado de antemano a favor de las condiciones excepcionales en que iba a ser ejecutado el dúo. El tenor Tamagno reaparece en toda la plenitud y el vigor de sus facultades. Hay en su voz la misma frescura, la misma potencia de antes, y el público se ha estremecido a la sensación indescriptible que produce su timbre tan dramático y expresivo. Si algún cambio se observa en él, es enteramente a favor de su método de canto y de su educación artística, que ha progresado evidentemente; vocaliza con más cuidado, dice con más expresión y no descuida ninguno de los detalles de la ejecución musical. Sus forti son siempre soberbios, arrebatadores; el causal de voz se manifiesta entonces de una riqueza y extensión que superan todo elogio; vibran sus notas llenas, poderosas, magníficas, arrancando a los espectadores involuntarias expresiones de admiración y dejando la sala estremecida por aquel portentoso efecto.*

En las escenas fundamentales de la obra ha ostentado ese poder de emoción que reside esencialmente en el timbre de su voz y que se aumenta por la expresión y el fuego dramático de su canto. No serán, por cierto, los lectores de La Nación, quienes se sorprendan del mérito, de las dotes y de la distinción que la prima-donna soprano, señora Borghi-Mamo, ha revelado desde su aparición en nuestra escena, ganando de un golpe la opinión del público, a

favor de sus hermosas y complejas facultades. La voz elocuente de un crítico europeo, cuyo juicio tuvimos el gusto de reproducir hace poco en nuestras columnas nos habia preparado a este resultado. La señora Borghi-Mamo es una artista del más alto valor, y lo es tanto por sus facultades nativas, cuando por su talento dramático y su instrucción artística. Tiene un hermoso soprano, de un registro particularmente notable en las notas bajas, suficientemente lleno en las medias y apta para dominar las exigencias de la mayor altura de la escala. Sus vocalizaciones son brillantes, seguras, de un gusto exquisito y de un arte perfecto. De pocos cantantes puede decirse como de ella, que personifica verdaderamente sus personajes. Es notable su personificación por el fuego, la pasión y el movimiento que le imprime. Su desempeño del papel de Paulina ha arrancado al público aplausos simpáticos y espontáneos, habiendo corroborado admirablemente al efecto de todo el dúo del último acto, que es la situación más dramática de la obra, para la cual Donizetti ha escrito una música llena de inspiración y de belleza. La señora Borghi-Mamo es una cantatriz notable, que no reconoce superior en ninguna de las que le han precedido en nuestra escena y que, poseyendo en un conjunto felicísimo las aptitudes necesarias para producir el encanto, se nos irá revelando de una manera brillante en la serie de representaciones que formará la temporada actual. El bajo señor Visconti, se ha presentado de una manera bastante favorable en su desempeño del papel de Severo, y desde luego puede reconocerse en él un buen elemento para el conjunto de la compañia. Ha cantado con brio y expresión, poseyendo un órgano de cierta robustez y siendo algunas de sus notas medias y altas de singular pureza y melodia. Cuando nos hayamos familiarizado con su audición explayaremos a su respecto nuestro juicio. Según lo apuntamos más arriba, la ejecución por las partes complementarias, los coros y la orquesta ha sido buena, y hubiera sido completa, a no ocurrírsele a la banda que toca desde el proscenio en la escena triunfal, ponerse en pugna con todas las exigencias del compás, de la afinación y de la armonia. Un pequeñísimo lunar que no ha impedido pensar y decir a todos los concurrentes que era imposible hacer un estreno más favorable.

(La Nación del 21 de Mayo de 1881).

Antiguo Teatro Colon – 1882

POLIUTO (G. Donizetti) 9,16.iii (2)

Francesco Tamagno (Poliuto); Erminia Borghi-Mamo (Paolina); Enrico Storti (Severo); Luigi Visconti (Callistene); Proto Cappelli (Nearco); Juan Erfi (Un cristiano) – Dir. Nicola Bassi

El Poliuto en Colon – *"Como era fácil preverlo, el Poliuto cantado anoche en Colon ha tenido un éxito extraordinario. En el primer acto la señorita Borghi-Mamo recibió una entusiasta ovación del público. Cantó deliciosamente. Tamagno ha estado admirable. Todo parecia combinarse anoche, realizando una de las más bellas ejecuciones de Poliuto que hayamos oido. Debido al calor de la noche, la concurrencia no era muy numerosa; pero habia, sin embargo un público regular, que ha aplaudido con verdadero entusiasmo. El domingo se repite Poliuto."*

(La Nación del 10 de Marzo de 1882)

Antiguo Teatro Colon – 1884

POLIUTO (G. Donizetti) 7,8.vi (2)

Francesco Tamagno (Poliuto); Elena Theodorini (Paolina); Albino Verdini (Severo); Aristodemo Sillich (Callistene); Angelo Fiorentini (Nearco); Angelo Bertolini (Felice); Clemente Perarnaud (Un cristiano) – Dir. Nicola Bassi

"Buenos Aires alegre"

Poliuto – La Theodorini - Tamagno

Sin tiempo, y sobro todo sin espacio, para hacer una crónica del Poliuto dado en Colon en las noches del sábado y del domingo, vamos solamente a trazar a grandes rasgos nuestras impresiones.

Colon guardará en el libro de su historia lirica la representación de Poliuto, como una de las noches más bellas, y en donde nuestro público se ha sentido electrizado por la nota apasionada, bizarra, heroica de la gran página de Donizetti que después de oirla, se siente uno dispuesto a todas las abnegaciones. La Theodorini y Tamagno fueron los héroes

de la gran noche. Los dos lucharon y los dos vencieron, No hubo ni vencidos ni vencedores Parecía imposible que la Theodorini con su físico escaso, delicado, fuera capaz de llegar con sus arranques dramáticos a la nota trágica, apasionada.- El sábado y el domingo la hemos visto en el dúo, por ejemplo; tenía su frente y por rival a Tamagno, que es como si dijéramos a diez tenores juntos, y sin embargo no quedaba oscurecida ¡qué esperanza! brillaba como un astro de primera magnitud.

No tuvo un solo momento de desfallecimiento, por el contrario, se mantuvo siempre a la altura de las tremendas exigencias de su papel.Con la fisonomía movible, dulce o airada y con su acción apasionada, decidida, suelta, se impuso constantemente al público que la escuchaba. Su voz tuvo fiereza y ternura, sabía lo que cantaba, dando a cada frase su propia índole y todo su colorido. Cuando ella y Tamagno avanzaban hacia las baterías a entonar sus cantos, una admiración traducida en un rumor sordo se expandía por toda la sala. Tamagno abría su pecho y soltaba a granel por su garganta fácil, torrentes de notas y de cantos; la Theodorini sentía también el influjo de aquella voz, oía los aplausos, veía el triunfo; pero no desmayaba por eso, y allí frente a frente a su rival, nerviosa, con sus ojos brillando como chispas, llenos de luz, esperaba su turno; y sin una sola vacilación en su espíritu y sin un solo temblor de miedo en la garganta, atacaba su parte, y la dominaba, arrancándole al público iguales aplausos y obteniendo iguales triunfos. - Fue aquello un duelo.- Pero un duelo donde no corrió sangre, sino melodías, aplausos y vítores!

Y después, aquellos dos artistas que así se hacían admirar, avanzaban de nuevo y enlazados en tierno abrazo, confundían en una sola sus almas de artistas, y mezclando sus voces y sus pasiones, arrebataron a nuestro público que, con un estruendo de aplausos, retribuyó tanto esfuerzo y tanto talento. La Theodorini y Tamagno han obtenido en Poliuto un verdadero triunfo". (*El Nacional* del 9 de Junio de 1884)

Una pluma ilustre de la época dejó también sus impresiones de estas veladas con estas palabras:

Teatro Colon: Poliuto – *Al fin, una ópera bien cantada; es entendido que nos referimos únicamente a la noche del sábado.*

Poliuto puede oírse muchas veces, siempre con nuevo agrado, tiene la mística dulzura de la luna plena, cuya mansedumbre llena el espíritu de humildad y sosiego. Es una de las mejores partituras del autor de Lucia, - sus melodías impregnadas de unción, expresan admirablemente la idea capital del drama, la fe pura de los primeros días del Cristianismo, la exaltación religiosa que domina y sacrifica los celos, el odio al rival, el amor, la vida.

Alguien ha dicho que Chateaubriand es el más eficaz y el más hábil de los propagandistas religiosos, porque no debe buscarse en el catolicismo verdad ni razones, sino consuelos, exageraciones románticas de la imaginación, y todo ese sentimiento poético que subyuga a las mujeres y a los niños, únicos creyentes verdaderos.

La ópera a que nos referimos, bien ejecutada, realizó este propósito, debe conmover a los devotos, porque la música tiene acentos que se insinúan acariciando, y sus trozos de fuerza, el aria de Poliuto en el segundo acto y la escena de la apostasía son inspirados, como nos imaginamos el éxtasis de los que adoraban a Cristo en la soledad y en los subterráneos.

Poliuto, magistrado de Melitene, país de fanáticos que producían lluvias milagrosamente con sus oraciones, se había convertido al cristianismo, y debía recibir el bautismo en un subterráneo donde se reunían sus correligionarios. El estado de su alma lo inquietaba, creía, et pour cause, que no era el solo objeto del amor de su esposa, y los celos le sugerían odios que no se avenían con su condición de neófito convencido –la plegaria pidiendo a Dios la purificación de su alma, con lo que empieza la ópera es una melodía encantadora-; Tamagno lo comprende perfectamente, la canta de rodillas, con una afinación y un gusto que harían de él un artista incomparable, si en todas las óperas demostrase tan esmerada interpretación.

Paulina, que a pesar de su amor por Severo a quien cree muerto, se ocupa de su esposo, lo ha seguido al subterráneo y sorprende el secreto de su conversión. Con tal motivo canta un andante que no podemos aplaudir, es una melodía del género antiguo, llena de

subidas y de bajadas, de recovecos y cubileteos que cansa la atención sin producir sensación agradable. Oyese a lo lejos ruido de trompetas y viene en conocimiento que Severo vive, y que llega en el carácter de procónsul romano.

En efecto, cambia la decoración y aparece precedido de una pobre escolta que marcha en punta de pies, absolutamente fuera de compás, y se forma en dos hileras teniendo a su frente unos descamisados sin armas ni insignias que dicen representar la pobreza de Roma bajo el Imperio de Décimo Óptimo. El procónsul, ignorante del casamiento de Paulina, saborea en un andante sus esperanzas de ventura y al saber la triste noticia, lamenta no haber perdido la vida en el allegro obligado de la antigua escuela. El señor Verdini, que desempeña el papel de Severo, si tuviese más voz y más talento, sería un tanto pasable. No le falta cierta malicia y buena voluntad, pone las piernas y los brazos en semicírculo perfecto, y mueve los ojos en pretensión de artista consumado; cuando canta nos recuerda las personas qua hablan comiendo. Reconocemos, sin embargo, que está mejor que en Los Hugonotes, donde nos traia constantemente a la memoria la exclamación del paisano: "que embromar con el gritón que no deja oir la banda".

El segundo acto es el gran momento de la ópera.

Poliuto sorprende el secreto de su esposa y arde en celos terribles "veleno e l'aura ch'io respiro" pero sabe que sus compañeros han sido arrestados, el sentimiento del deber domina las pasiones y la abnegación cristiana aplaca las tribulaciones de su corazón. Esta dramática situación de espíritu ha sido expresada con grandiosos arranques, y fue cantada como lo hubiera deseado el mismo autor. Sigue una escena tremenda. Poliuto abjura públicamente sus creencias, insultando al ídolo sagrado en presencia de su esposa cuyas súplicas rechaza, y es condenado a morir en el circo como lo ordenan las disposiciones de Decio, el terrible enemigo de los cristianos. No creemos que tenor alguno cante este acto como Tamagno, solo le observamos que si no guarda en las tablas la circunspección necesaria se expone a un desagrado. Ignoramos lo que tenía anoche, pero cantó disparatadamente en los coros del primer acto, abusó de sus pulmones toda la noche, y se permitió libertades que haría bien en no repetir. Por muchos títulos que un artista tenga, la falta de respeto al público es algo que no puede tolerarse. La señora Theodorini no adelanta terreno en la opinión, nos pareció el sábado una artista inteligente, de buena escuela; hizo todo lo posible y un poco más, pero le falta voz. Se nos dice que continúa enferma y queremos creerlo, pues el domingo no estuvo bien, suprimió muchos cantos y todas las dificultades. Esperaremos otras representaciones para formar nuestro juicio definitivo.

En el tercero y último acto Paulina penetra en la prisión donde se encuentra su esposo y le ofrece la vida y la libertad si vuelve al antiguo culto de los Dioses; pero él contesta con convicción tan profunda que la fe ilumina el alma de Paulina, quien decide convertirse al cristianismo y arrostrar la muerte en el circo. Poliuto procura disuadirla inútilmente, ella le contesta con sus mismas palabras, lo que sirve de tema al dúo espléndido que termina la ópera. Diremos de la concurrencia, usando la frase de antiguo consagrada que era un 25 de Mayo. Más de un abonado, porque todos lo son, repetía el sábado la frase de Poliuto en el recitativo del tercer acto: visión gradita. Sí, es realmente un espectáculo grandioso oir cantar bien en un teatro lleno con la más escogida parte de nuestra sociedad.
Tom Pastell ***(Paul Groussac)*** *(Sud América del 9 de Junio de 1884)*

Antiguo Teatro Colon – 1885

POLIUTO (G. Donizetti) 28.v; 11,28.vi (3)

Francesco Tamagno (Poliuto); Erminia Borghi-Mamo (Paolina); Ernesto Dufriche (Severo); Luigi Visconti (Callistene); Ferdinando Ambrosi (Nearco); Lorenzo Barabino (Un cristiano) – Dir. Nicola Bassi

Colon anoche – Poliuto *– Poliuto, una de las óperas en que Tamagno raya a mayor altura, se dio anoche en Colon. El público que asistia a una de sus representaciones predilectas, cuando es Tamagno uno de sus felices intérpretes, sabia de antemano que el gran tenor, el extraordinario cantante, se haría aplaudir frenéticamente, pues es en esa partitura de Donizetti donde despliega más ampliamente sus vigorosas dotes nativas. Siempre se ha dicho: Tamagno en Poliuto! Tamagno en Guillermo Tell!. Y es cierto. Es sumamente*

imposible hacerlo, no decimos mejor, pero ni siquiera igual. Anoche lo hemos visto, con su figura nazarena dominar la escena desde que puso los pies en ella. Tamagno se halla bien, a son aise, dentro de Poliuto. El se encuentra seguro de su triunfo, y el público seguro también de su tenor, y dispuesto a aplaudirlo hasta no poder ya más. Conoce toda la ópera como a sus manos, menos las dificultades, que el salva sin apercibirse siquiera. Donde para otros hay un obstáculo invencible, para él hay apenas un accidente que le da nueva ocasión de lucir su portentosa voz y sus agilidades vocales, que ha conseguido pulir en el último tiempo que ha estado separado de nosotros.

Siempre, en la noche de Poliuto, como en la de Guillermo Tell, a Tamagno se le ve contento, pues sabe tiene la seguridad, de que en las dos interpretaciones su triunfo es seguro, esté bien o mal de voz, este de mal humor o de bueno, que a él también lo suelen acompañar en sus cantos los pájaros negros del mal humor. Los cantos de tenor en el Poliuto son grandes, inspirados, y Tamagno tiene en los vigores de su pecho, todos los sonidos que la partitura exige para interpretarla con el colorido y la amplitud de sonidos que el maestro le imprimió. Anoche, cuando la escena, el momento, requería una actitud, una frase recia, no había mucho que esperarlo, pues él, dentro de su traje talar borda con propiedad sus actitudes, y su garganta formidable, blanda, da paso a las notas, que sin atropellarse y confundirse, salen cada una con su timbre metálico, su volumen y su color. Todas se distinguen, se oyen y se sienten pasar, dejando al volar por la sala, la estela suave de sus dulzuras, que a veces lleva hasta las últimas gradaciones de la sonoridad, o la vibración eléctrica de sus agudos.

En la escena del templo del 2° acto, empezó Tamagno a recoger laureles fáciles, tales son sus facultades, a pesar de las audacias de sonido de casi todas sus escenas. El Creo in Dio fue atacado con los bríos y la conciencia de quien sabe que va a desgranar un canto para cuya interpretación tiene todo: vigor y arte. Fue aquí donde vocalizó con una claridad estupenda, oyendo bien deslindadas la frase del motivo, de la frase del drama. Y después, la acción acompañando aquella avalancha de timbres, y la música cantando a su vez, formaban el interesante cuadro en el momento supremo de su profesión de fe. Si en el Creo in Dio estuvo como humanamente no es posible estarlo mejor, en el Lasciami in pace morir, alcanzó a imprimirle una unción tan suave, que se sentía la acción de la muerte. Daban ganas de pedir por él. Tuvo en su voz languideces que se desmayaban en una sonoridad que tenían toda la vibración quejumbrosa de un tiernísimo adiós.

En suma: el pecho excepcional, único de Tamagno, ni se ha esforzado siquiera para mostrarnos anoche en toda su amplitud, su vigor, y la eficacia de una garganta educada, que no da paso a nota alguna sin que la revise, la mire por todos lados, la alise, le de fuerza y color, y la suelta a completar los cantos que el gran tenor están entonando. La Borghi Mamo no quiso pasar desapercibida, no quiso morir aplastada bajo los aplausos tributados a Tamagno, y en un esfuerzo de talento, y a pesar de su mediano papel, lo hizo a este espectable, interpretándolo con un cariño y un entusiasmo, que no paso desapercibida, como le hubiera sucedido a cualquiera otra, no solo por su papel, sino por estar al lado de Tamagno. Es en esas situaciones en donde se demuestra el verdadero talento, y a fe que anoche la Borghi ha mostrado el suyo, que parece que aumentara a medida que el tiempo pasa. Jamás la hemos visto a la Borghi más atareada que anoche luchando contra la mediocridad de su papel, y luchando frente a frente y con todo su talento desplegado, para no quedar oscurecida al lado de Tamagno, que estaba en una de las noches de sus triunfos. Y no quedó oscurecida por cierto. Estuvo en toda la ópera vigilante sobre ella misma; no se descuidó un instante, pues sentía a su lado al coloso de la compañía. Pero así mismo no desfalleció un solo momento; se la veía inquieta, nerviosa, altiva, inspirada, queriendo, y lo consiguió, ataviar su papel con todo el brillo que su talento y su arte se lo permitieran; esfuerzo que el público vio coronado del más brillante éxito.

Entre esas dos notas acordes, hay una fuera de tono: el barítono Dufriche, que no está bien en el escenario de Colon A las pruebas que ya tenía dadas de insuficiencia, hay que agregar la de anoche; ha sido la más completa. Glauco"

(*El Nacional* del 29 de Mayo de 1885)

(to be continued)